

VENENO EN LA CORTE

La jugada de las reinas I

DOROTHY DUNNETT

VENENO EN LA CORTE

La jugada de las reinas I

Traducción Paloma Delgado-Echagüe



ediciones Pàmies

Título original: *Queens' Play*

Primera edición: marzo de 2009

Copyright © 1964 by Dorothy Dunnett

© de la traducción: Paloma Delgado-Echagüe, 2008

© de esta edición: 2008, ediciones Pàmies
Carlos Alonso, editor
C/ Julián Hernández, 8
28043 Madrid
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-96952-33-1

Diseño de la cubierta: Javier Perea Unceta
Ilustración de cubierta: Alejandro Colucci



El editor ha recibido una subvención del Scottish Arts Council para la publicación de este volumen.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal:

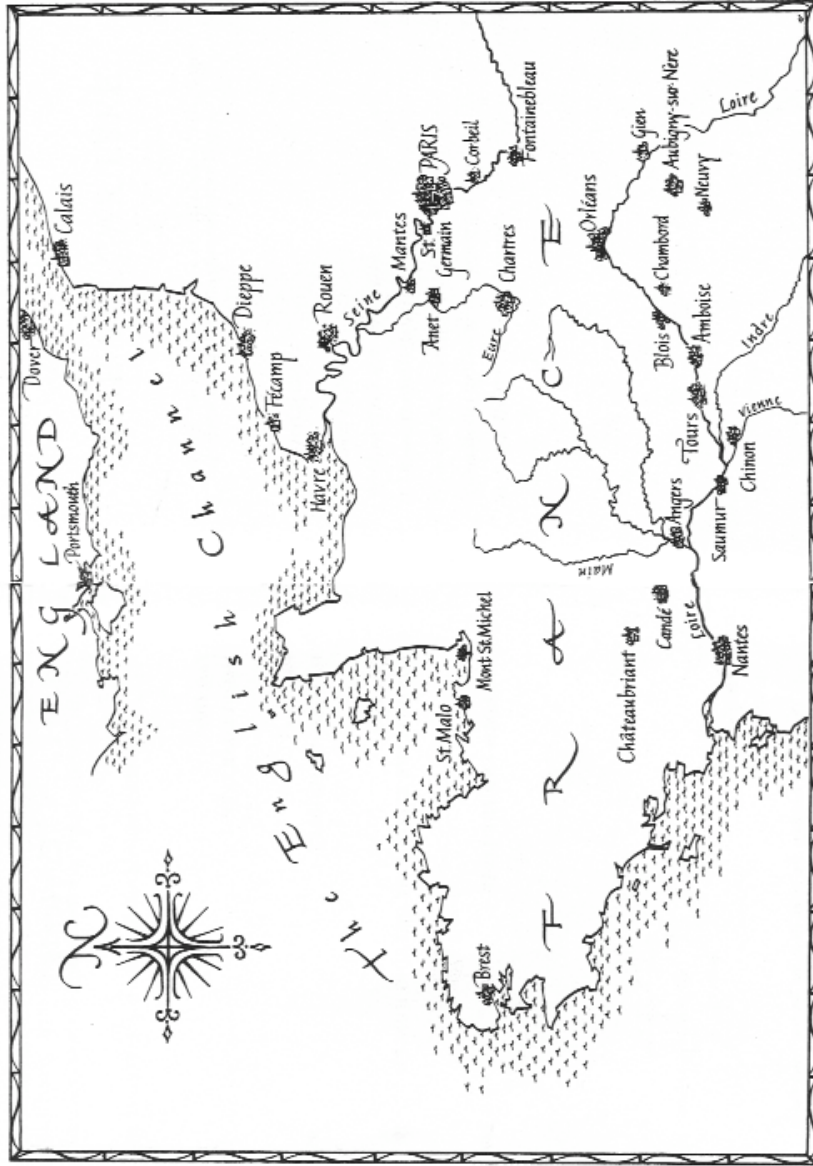
Impreso por BROSMAC, S.L.

Impreso en España

Dedicado a los Dunnetts, esperando que lo disfruten ya que van
a tener que leérselo de cualquier manera

GEORGE SINCLAIR DUNNETT
ALASTAIR MACTAVISH DUNNETT
DORIS MACNICOL DUNNETT PATERSON

El editor quiere dar las gracias a Liz Cochrane por su
inestimable ayuda a la hora de entender la obra de Dorothy
Dunnett.



PERSONAJES:

Estos, por nacimiento o por matrimonio, son algunos de los escoceses que tienen un papel en nuestra historia:

MARÍA DE GUIZA, reina madre de Escocia y viuda del rey Jaime V
MARÍA REINA DE ESCOCIA, su hija de siete años

FRANCIS CRAWFORD DE LYMOND, señor de Culter
RICHARD CRAWFORD, tercer barón de Culter, su hermano

THOMAS ERSKINE, señor de Erskine, consejero mayor de la Reina y embajador especial

MARGARET ERSKINE, Fleming de nacimiento, su esposa
JENNY, LADY FLEMING, madre de Margaret Erskine e hija ilegítima del rey Jaime IV de Escocia. Institutriz de la pequeña reina María
LORD FLEMING, hijo de Jenny y hermano de Margaret Erskine
MARY y AGNES FLEMING, sus hermanas, damas de honor de la pequeña reina María

ARTHUR ERSKINE, uno de los hermanos de Tom Erskine

SIR GEORGE DOUGLAS, hermano del conde de Angus y tío de lady Lennox

SIR JAMES DOUGLAS DE DRUMLANRIG, su cuñado

MICHEL HÉRISSON, un escultor escocés residente en Ruán

BRICE HARISSON, su hermano, residente en Londres al servicio de Somerset, lord Protector de Inglaterra

Estos son los irlandeses y sus partidarios:

PHELIM O'LIAMROE, príncipe de Barrow, señor feudal de Slieve Bloom

THADY BOY BALLAGH, su bardo

PIEDAR DOOLY, su sirviente

THERESA BOYLE, una viuda irlandesa residente en Neuvy

OONAGH O'DWYER, su sobrina

CORMAC O'CONNOR, heredero de Brian Faly O'Connor, capitán Of-faly

GEORGE PARIS, un agente

Estos, por nacimiento, trabajo o adopción, son los franceses:

ENRIQUE II, rey de Francia
CATALINA DE MÉDICIS, su Reina
DIANA DE POITIERS, duquesa de Valentinois, su amante
FRANCISCO, Delfín de Francia, su heredero, prometido de María reina de Escocia
ELISABETH y CLAUDE, sus hijas pequeñas
MARGARITA DE FRANCIA, su hermana

ANNE DE MONTMORENCY, mariscal, gran maestro y condestable de Francia

FRANÇOIS DE GUISA, segundo duque de Guisa, hermano de la reina madre de Escocia
CHARLES DE GUISA, segundo Cardenal de Lorraine, su hermano
CLAUDE DE GUISA, duque de Aumale, su hermano
DUQUE DE LONGUEVILLE, el hijo del primer matrimonio de María de Guisa, nacido en Francia
JOHN STEWART, lord d'Aubigny, antiguo capitán de la Guardia Real de los Arqueros escoceses en Francia y hermano del conde de Lennox
ROBIN STEWART, miembro de la Guardia Real de Arqueros escoceses
LAURENS DE GENSTAN, idem

Cortesanos:

JACQUES D'ALBON, mariscal de St, André
LOUIS DE BORBÓN, primer príncipe de Condé
JEAN DE BORBÓN, señor d'Enghien, su hermano
FRANÇOISE DE VENDÔME, vidame de Chartres

Empleados de la Real Casa de fieras de Francia:

ARCHEMBAULT ABERNACI
PIERRE DESTAIZ
FLORIMUND PELLAQUIN

Otros personajes:

THOMAS OUSCHART, un funambulista
MAESE GEORGES CAULTIER, un usurero de Blois
LA DAMA DOUBTANCE, astróloga, residente en Blois

RAOUL DE CHÉMAULT, embajador francés en Londres
JEHANNE DE CHÉMAULT, su mujer
Y estos, por nacimiento, matrimonio o adopción, son los ingleses:

JOHN DUDLEY, conde de Warwick, conde mariscal de Inglaterra

MATTHEW STEWART, conde de Lennox, hermano de lord d'Aubigny
MARGARET LENNOX, Douglas de nacimiento, su esposa, y sobrina
del difunto Enrique VIII y de sir George Douglas

WILLIAM PARR DE KENDALL, marqués de Northampton, gran
chambelán de Inglaterra y jefe de la embajada inglesa en Francia
THOMAS BUTLER, conde de Ormond, un irlandés residente en Inglaterra integrante de la anterior embajada
SIR GILBERT DETHICK, caballero de la Orden de la Jarretera
SIR JOHN PERROT, hijo ilegítimo del difunto rey Enrique VIII

SIR JAMES MASON, embajador inglés de Francia, retirado

PRIMERA PARTE

La vulgar lira

Hijo mío, deberíais saber cuándo la cabeza de un rey está por encima de la del plebeyo y cuándo la del plebeyo está por encima de la del rey.

El tenedor está seleccionado.

- I. Silencio en el barco.
- II. Dieppe: la trampa y el ciervo.
- III. Ruán: la semilla sin fruto.
- IV. Ruán: un trabajo bien hecho y científico sin prevenir.
- V. Ruán: una rápida ofensiva con la intención de matar.
- VI. Ruán: Lo difícil y lo imposible.

El tenedor está seleccionado

El puchero se retira del fuego cuando la comida está preparada. La persona que espera su turno debe avisar a los demás de que va a introducir su tenedor en el puchero. Es así como avisa: “Tened cuidado. Meto el tenedor en el puchero”.

Quería a Crawford de Lymond. Por desatinado que al consejero mayor pudiera parecerle, estaba claro que la Reina ya había tomado su decisión.

La Reina madre, y regente, de Escocia había dirigido la audiencia de aquel día con su eficacia francesa habitual: majestuosa, sin pizca de humor, enérgica y prosaica; también la había concluido de forma apresurada, como solía. Era una mujer corpulenta y aquel día llevaba puesto un vestido de tela acolchada, a pesar del tiempo que hacía. La perspectiva de su próxima visita a Francia tenía exhausto a Tom Erskine.

La Reina madre se disponía a embarcar hacia el reino más extravagante, culto y disoluto de Europa y se llevaba a sus barones, sus obispos y su caballería con ella. Ahora, por lo visto, quería además a cierta persona.

Era también una mujer sutil. No era escocesa. Los densos óleos de la política corrían por las venas de María de Guisa, por lo que raramente expresaba a las claras sus intenciones. Así pues, durante la audiencia habló de salvoconductos y emisarios, de programas, de antecedentes, de regalos y de personas con las que se vería y otras a las que convendría evitar. Luego, por fin, añadió:

—Quiero disponer de información de primera mano sobre

los asuntos franceses. Así que será mejor que coloquemos allí una especie de observador.

Nunca hasta entonces su consejero mayor la había considerado estúpida. Antes bien, del duque de Guisa en adelante, los vástagos de aquella privilegiada familia francesa que adornaba su escudo con ocho cuarteles de casas soberanas y disponía de sus propios cardenales y abadesas y una envidiable posición en la corte francesa, podían ser elocuentes, encantadores y, qué duda cabe, unos jugadores empedernidos, pero difícilmente podría tachárselos de estúpidos.

Por Dios, ¿dónde pensaba encontrar la Reina mejor información que entre su propia familia? Ciertamente, habían transcurrido ya doce años desde que aquella joven viuda francesa llegara a Escocia en calidad de prometida del rey Jaime V y ocho desde que éste muriera dejándole en herencia una guerra, una infanta y un hatajo de nobles levantiscos. También era cierto que se encontraba sometida al escrutinio permanente, no sólo de sus adustos barones escoceses, sino también, en Francia, de los enemigos de sus hermanos. Pero en todo caso, lo que sería un desastre seguro es que el rey de Francia, con el que estaba en buenos términos, descubriera que María de Guisa había puesto un informador en su corte.

—Majestad —dijo el consejero Erskine en voz alta—, se supone que sólo vais allí para reuniros con vuestra hija, nada más...

—Quiero algo así como un informante—repitió la Reina, impertérrita—, alguien como Crawford de Lymond.

La rubia cabeza de Lymond, su discurso ágil, afilado y cortante cual espada, le vinieron a Tom Erskine a la mente.

—Crawford de Lymond ha dejado demasiados recuerdos en el reino de Francia —repuso en tono tajante Tom Erskine—. Me juego el alma a que rechazará semejante misión.

De sobras era sabido que las diversas facciones del reino habían intentado comprar los servicios de Lymond en un momento u otro. Las ofertas no sólo habían venido de Escocia o de los hombres de Estado o personas del sexo masculino.

Lymond no tendría el menor problema para encontrar trabajo en Europa, o diversión, que era lo que probablemente buscaba, conociendo al personaje.

—¿No estará ya cansado de haraganear por casa? —preguntó la Reina en tono inocente.

—Puede, pero no le creo tan incauto como para comprometerse en semejante misión.

—¿Pero vendría a Francia?

—¡Oh, Dios! Puede que para divertirse —dijo Tom Erskine—, pero para nada más.

La Reina Madre sonrió y él se dio cuenta de que, una vez más, la había juzgado mal. La mente de la Soberana discurría por terrenos que no acertaba a atisbar.

—Me daré por satisfecha si está en Francia durante el transcurso de mi visita —dijo—. Podéis comunicárselo así.

Tom Erskine deseó por un momento caer enfermo, o no poder cabalgar, o quedarse sordo...

—Será un placer, Majestad —dijo.

I

Silencio en el barco

Si se encontraran un equipo bueno, un equipo mediano y un equipo de remeros, el equipo más hábil conseguirá el hundimiento, el mediano se dedicará al remo y serán espectadores los que se queden en silencio en el barco.

El último jueves de septiembre, decimocuarto día desde que zarparan de Irlanda, el viento cayó totalmente y la galera *La Sawée* tuvo que navegar hasta Dieppe a golpe de remo en medio de una calma chicha.

Las mejores naves, las tripulaciones más capaces y los capitanes más experimentados habían sido puestos al servicio de la reina regente de Escocia para llevarla a Francia junto con su séquito. *La Sawée*, en cambio, construida en el pretérito año de mil quinientos veinte, había sido fletada en aquella ocasión para transportar a unos pocos invitados irlandeses a la corte de Francia. El capitán al mando de la nave destacaba más por sus talentos cortesanos que por los conocimientos del arte de navegar y así los marineros, sometidos a una disciplina de lo más laxa, estaban completamente borrachos mientras el contramaestre seguía sin desprender de sus labios la pipa de hachís que llevaba fumando y recargando meses ha. Como resultado de lo anterior, cuando faltaban sus buenas dos horas para alcanzar Dieppe, los pabellones y serpentinas adornaban, prematuramente quizá, el puente de la nave. Los remeros habían puesto a cubierto sus cabezas afeitadas, dedicados a descansar y a reorganizar los turnos de remo a su antojo. El timonel, embobado en la visión de las banderas, se encontraba demasiado ocupado para prestarle atención al viento.

Robin Stewart, perdido en hondo cavilar, había encontrado acomodo en la popa junto a un irlandés gordinflón y con tendencia pronunciada a la narcolepsia. Tres pasajeros irlandeses iban en la nave y la misión que se le había encomendado a Stewart, en su calidad de arquero de la Guardia Real escocesa, consistía en acompañarlos a la corte de Francia. Durante siglo y medio, los arqueros escoceses habían protegido al rey de Francia día y noche, le habían coronado, luchado con él, le habían enterrado y eran considerados, tanto por los demás como por ellos mismos, como la élite de los hombres de armas que servían a la Corona francesa. Robin Stewart estaba acostumbrado a realizar todo tipo de trabajos esporádicos; escoltar a aquellos invitados del Rey tan poco sofisticados era uno de ellos.

Sentado junto al gordinflón durmiente, el arquero meditaba sobre su misión: en el muelle de Dieppe les aguardaría la comitiva de bienvenida y el correspondiente discurso, después una comida en la mejor posada de la ciudad, una noche de descanso en una cama mullida y, por fin, el viaje hacia el interior, donde dejaría a buen recaudo a sus visitantes. Nada de esto le suponía un problema a Stewart, pero tampoco le iba a proporcionar mucho dinero o fama que digamos. Robin Stewart, cuya sola herencia consistía en una armadura y un puesto en la Guardia, siempre se había sentido impelido hacia la gloria y las riquezas terrenales. Durante algún tiempo estuvo convencido de que en el mundo de las armas, la destreza y el trabajo duro podrían suplir un pasado dudoso y acabar encumbrándolo.

Pero últimamente le había quedado claro que el éxito en los dominios de Marte no acarreaba siempre el triunfo en el mundo de la intriga; que por más que se esforzara, había muchos que parecían bastante más hábiles en esos menesteres que él.

Era duro de aceptar. Robin exprimía al máximo su analítica mente para descubrir cómo se las arreglaban los demás para ofrecer semejante apariencia de magnificencia. El arquero repartía su tiempo compaginando su trabajo de soldado, razonablemente bien remunerado, con las intrigas palaciegas o financieras. Sin embargo, no podía permitirse descuidar su puesto en la Guardia, por engorroso que pudiera parecerle a veces.

El arquero miró a su alrededor, observando el panorama. A su lado, el secretario del Príncipe seguía durmiendo, embotado en los efluvios del vino, su oscura cabeza bamboleándose a la sombra de las jarcias. Ya fuera por el pavor que pudiera producirle el mar o por costumbre, Thady Boy Ballagh, que era así como se llamaba el gordinflón, se había dedicado a dormir o había permanecido estupefacto por efecto del licor durante las dos semanas que llevaban embarcados.

El paje del Príncipe, Piedad Dooly, estaba algo más allá y se distinguía apenas, encajado en un hueco de la nave cual extraño vegetal. Por último, algo más alejado, se encontraba el propio Príncipe, señor de los anteriores y el huésped más ilustre de aquella nave.

Phelim O'LiamRoe, príncipe de Barrow, hijo de los Milesian, descendiente de Carbery Cabezadegato, Art el Solitario, Tuathal el Legítimo y Fergus del Dientenegro, primo de Maccon, aquel que había engendrado dos vástagos tan blancos como la nieve recién caída, era un hombre delgado, de estatura media, con un rostro afable y ovoide de grandes mostachos enmarcado por un cabello rubio.

Stewart reparó en que el Príncipe de marras se hallaba inclinado en medio del puente, enfrascado en una estéril conversación con un remero tunecino negro como el carbón, estorbando el paso de los marineros, remeros, timoneles, soldados, vigías, contra maestres y del propio capitán.

El sudoroso moro, agarrado a un remo de sólida madera de haya de quince metros de longitud, bogaba sin soltar palabra en su banco de cinco plazas, moviéndose adelante y atrás como un pistón, a razón de veinticuatro golpes de remo por minuto, mientras la voz de O'LiamRoe, Señor de los mil nombres, príncipe de Barrow y lord feudal de Slieve Bloom en tierras irlandesas, calurosamente cordial, parecía empeñado en nublarle a aquel galeote las entendederas con un discurso interminable y apasionado.

—... Desde luego sería raro que no estuviéramos de acuerdo, siendo como es el apalancamiento una de las mayores maravillas del mundo, como bien decía mi padre, pues resultó de lo más

práctico con mi abuelo, como se lo referiré y demostraré a continuación: mandó lavar y preparar al abuelo, tras lo cual apoyaron un extremo de la tapa de la tumba sobre un montón de turba y el otro sobre la cama del abuelo. Luego colocaron al difunto encima. Habían enseñado a una vaquilla a saltar sobre el otro extremo. Cuando por fin la tumba estuvo cerrada, mi abuela respiró aliviada; aliviada y llena de moratones, la pobre, pues el abuelo le aterrizó casi encima...

Robin Stewart hizo una mueca. Llevaban así dos semanas. Fue en Dalkey, Irlanda, donde conoció a ese hombre tan principal, a O'LiamRoe, quien tras subir por la escalerilla, embargado por un entusiasmo incomprensible, había sentado sus reales en la cabina de *La Sawée*, paseándose con desenfado, enfundado en una espantosa túnica y calzas color azafrán cual delirante salvaje. Su séquito al completo, para el que había despejado uno de los camarotes, estaba compuesto únicamente por dos personas: el pequeño y salvaje paje al que apodaban Dooly y el comatoso señor Ballagh.

Robin Stewart se había sentido mortificado no sólo por el aspecto de O'LiamRoe, por su atuendo y por su absurda pasión por los conocimientos inútiles, sino porque además de padecer una auténtica incontinencia verbal, se dedicaba a contestar las propias preguntas que él mismo planteaba. Como buen estudioso de la naturaleza humana, Stewart disfrutaba, él también, realizando largos y sesudos análisis. Le gustaba pensar que poseía el don de la palabra. Si alguien tocaba su tema favorito, el arte del tiro con arco, acababa encontrándose con que, por razones sólo por Stewart conocidas, este arte conectaba directamente con Dios, con su paga y con sus dudosos años de aprendizaje. Sin que le hubiera sido posible meter baza en la conversación, el arquero había sido informado aquel día por O'LiamRoe de que Su Alteza irlandesa tenía treinta años, era soltero y residía en un enorme y burdo castillo irlandés. También se enteró de que su madre era viuda, que tenía una retahíla de sirvientes y cinco *tuaths* llenos de hombres del clan y el mínimo imprescindible para sobrevivir sin dinero en absoluto. Llegó a la conclusión de que, por el número de súbditos de sus

tierras, O'LiamRoe era posiblemente uno de los jefes más poderosos en la Irlanda ocupada por Inglaterra, sólo que nunca había sentido la necesidad de guiarlos en una empresa, por nimia que fuera.

Mientras observaba al señor de Slieve Bloom enderezarse y seguir su camino alegremente, esgrimiendo un viejo banderín con una imagen de una salamandra, el arquero escocés sintió una irritación casi maternal.

—Y además, ¿qué es un *tuath*, por Dios?

Había pensado en voz alta. Alguien le replicó al oído.

—Treinta *ballys*, querido mío. Y si queréis saber qué hay en un *bally*, la respuesta es que hay cuatro manadas de vacas sin una sola vaca, desesperadamente solitarias que están las pobres, una tras otra.

Quien acababa de proferir semejante acertijo era el gordinflón irlandés. Este se rascó la morena cabeza y cruzó las manos sobre su redonda tripa, en cómoda actitud.

—Ha sido O'LiamRoe quien os lo ha contado, ¿verdad? A la menor cosita que saca uno a colación se encuentra con un abrumador comentario al respecto.

El arquero no había dedicado hasta el momento mucha atención al señor Ballagh ya que éste se hallaba siempre ora en brazos de Morfeo ora en los de Baco. En el moreno semblante del irlandés creyó ver desilusión, inteligencia, quizás algún atisbo de altas aspiraciones que, ya marchitas y desmoronadas, habían dado paso a una actitud servil y cínica. Preguntó con ligereza:

—¿Lleváis mucho tiempo con el Príncipe?

La respuesta del señor Ballagh fue breve.

—Tres semanas.

—Tres semanas demasiado largas, ¿verdad? Deberíais haber hecho averiguaciones sobre él antes de ponerlos a su servicio.

—En efecto, debí hacerlas, pero ¿quién me habría podido contar algo? Ese hombre vive en un agujero y no le conoce ni Dios en todo el país. Supe de él a través del amigo del primo de un primo —dijo el señor Ballagh dejándose arrastrar por una avalancha de confidencias alcohólicas—, pero el hombre buscaba

desesperadamente a un *ollave*¹ de excelente formación que pudiera hacer las veces de trujimán en Francia y, *poilà!* Aquí me tenéis.

O'LiamRoe no sabía francés. Que supiera expresarse en inglés sorprendía no poco a sus interlocutores, habida cuenta de las pintas del personaje. Francia, por motivos evidentes, tenía una larga tradición en acoger a los poderosos jefes de aquel oprimido país, sudando tinta para entender sus conspiraciones y contraconspiraciones en gaélico y en latín.

—¿Qué es un ollave? —preguntó el señor Stewart.

La respuesta del señor Ballagh no se hizo esperar.

—Un ollave es un instrumento bien templado. Contratar a un ollave es un símbolo, dicen, de que el señor de la casa es poderoso, acaudalado, y que venera la lectura por encima de todo. Un ollave de primera categoría es maestro, cantante y poeta a la vez. Sus canciones y relatos versan sobre batallas y viajes, sobre tragedias y aventuras, sobre robos de ganado y sobre plegarias, sobre incursiones, recepciones, galanteos y fugas, palizas y destrucción, asedios y fiestas y masacres; y os aseguro que preferiríais oír el suplicio de un cerdo que escuchar la mitad de sus historias. Yo —dijo el señor Ballagh amargamente— soy un ollave de primera categoría.

—Pues desde luego estáis malgastando vuestro tiempo aquí —señaló Robin Stewart—. Deberíais estar recibiendo grandes dineros por vuestro saber en otra parte. Pero decidme, ¿qué os impulsó a dedicaros a la poesía, por amor de Dios?

—Pues por lo bien pagado que está. Además, ¿no estamos todos obligados ahora por ley a aprender inglés? —dijo en tono despreciativo el señor Ballagh. Prosiguió—: El señor O'Coffey, que dirigía la escuela bárdica cerca de mi casa, tenía un equipo de *hurley*² que os dejaría atónito y verde de envidia. Yo pertenecía al equipo, era el decimoquinto jugador y el más rápido. En todo

¹ NdT : ollave es un término gaélico que designaba según el Grith Gabhlagh (siglo VII) al poeta o bardo que había superado los 7 grados de la sabiduría, es decir, un maestro.

² NdT: el hurley es un antiguo juego irlandés parecido al hockey que se jugaba y juega con dos equipos de 15 jugadores cada uno.

caso, ¿cómo iba a oponerme a lo que mi padre y el señor O´Cofey habían dispuesto para mí? Era el decimoquinto, y el más rápido...

El maestro Thady Boy Ballagh alisó su jubón de raído color negro, sacudió los grises volantes de sus puños y se envolvió las rodillas con los sucios pliegues de su capa.

—Pasadme esa botella, ¿queréis?

Entonces ocurrió. Una fuerte ráfaga de viento barrió la superficie de las olas y sobre ellas, abalanzándose a todo trapo, apareció el *Gouden Roos*, un galeón de tres mástiles. Durante un momento todavía, *La Sawée* siguió deslizándose pacíficamente como si nada. El clarete bajó por el gahnate de maese Ballagh. Stewart, de brazos cruzados, divisó la cabeza de O´LiamRoe sobre cubierta mientras el sol quedaba oculto por las cincuenta espadas de velamen del galeón, que volvieron a desaparecer en el cristalino verdor de las aguas.

Pero la nave apareció de nuevo y esta vez, la sombra permaneció. La galera al completo quedó sumida en la oscuridad, varada en las azules aguas del Canal de La Mancha, mientras mil toneladas de galeón se ponían a su costado.

Portaba pabellón flamenco y se había situado de manera infame, haciendo que su velamen, a sotavento, cogiera toda la racha que soplaba del oeste, provocando que la nave girara como una peonza escorada por el vendaval, forzando velas, mástiles y timón. Luego el viento alcanzó también a *La Sawée*. La botella cayó de la mano de maese Ballagh; los asientos de popa se deslizaron por la cubierta mientras la galera comenzaba a elevarse, el casco inmovilizado por los remos y las velas aullando, flameando y destrozándose sueltas. La sombra del galeón se agrandó y el capitán de *La Sawée* saltó a la pasarela gritando. Los remeros de la borda de estribor se habían puesto de pie. La espuma siseó y después inundó con estrépito sus bancos vacíos, y durante breves instantes la estentórea voz de O´LiamRoe, que caía resbalando junto a otros veinte remeros en medio de un caos de lonas y aparejos, se elevó sobre todos ellos y bramó:

—¡La llave! ¡La llave de los grilletes de las piernas, hatajo de lombrices ineptas!

Stewart, aferrado al pasamanos, lo oyó y vio cómo el galeón finalmente, cazando a tope las velas, conseguía con un golpe de timón aproarse al viento. En el castillo de proa los marineros estaban lívidos. El galeón flamenco era un barco inmenso y estaba pésimamente gobernado. Balanceándose, había girado hacia la galera y se había colocado de cara al viento, las velas flameando, pero seguía moviéndose demasiado rápido a estribor. La encrespada franja de mar entre ambos barcos disminuyó hasta desaparecer; se produjo una sacudida y los cascos chocaron, madera contra madera, en estruendoso crujido.

Veinte enormes remos de estribor quedaron reducidos a astillas en el impacto y, mientras la parte superior del francobordo de *La Sawée* desaparecía, también lo hacían las veinte piernas de los galeotes, uniendo sangre y músculo de ladrones cristianos y piratas paganos en postrera comunión junto al haya pulida y al metal de remos y grilletes. El mundo se detuvo durante un instante. Las dos naves permanecieron enganchadas lo que pareció una eternidad y después, el *Gouden Roos*, fiel a su timonel, se separó con una sacudida mientras el mar se colaba en el agujero del casco de *La Sawée*.

El horror, el pánico y la ignorancia habían mantenido a Stewart anclado donde estaba. Se dio cuenta de que la tripulación, estupefacta, diezmada y sin dirección alguna, no tenía ni idea de qué hacer. El contramaestre se había esfumado. El capitán, empapado, agarrado al palo mayor, increpaba desgañitándose al infausto galeón. No se veía ni rastro de los irlandeses. Robin Stewart emprendió una peligrosa excursión por la inestable y resbaladiza cubierta, distinguió por fin a O'LiamRoe, que desaparecía de nuevo de su campo de visión, bajando por la escalera de popa seguido por dos morenas cabezas celtas que iban trasteando por la pasarela cerrando escotillas y despejando la cubierta de la colorida maraña de destrozos.

La Sawée comenzó a estabilizarse. La borda de babor permanecía todavía seca e intacta, pero el balanceo a estribor hacía que el agua verdosa del mar entrara por el boquete del costado. El galeón, con las cuadernas relucientes y astilladas, seguía cabeceando a su lado. Aunque el piloto había situado al *Gouden Roos*

hacia el viento, con el impacto la embarcación había perdido el rumbo. Navegaba torpemente a su lado, incapaz de desviarse del desventurado derrotero que había tomado la galera, mientras el travieso viento de septiembre volvía a impulsarla fatalmente hacia el flanco de la descalabrada galera.

O'LiamRoe, palanca en mano, apareció por un instante y volvió a desaparecer en la cubierta inferior, en dirección a los galeotes heridos. Al arquero aquello le pareció un gesto solidario pero inútil. Avergonzado ante tal pensamiento, Stewart bajó de un salto tras el Príncipe y se encontró en pleno maremágnum. Los hombres libres, enmudecidos de terror, se disputaban el único bote disponible seguidos de cerca por los primeros galeotes que habían conseguido soltarse. Arrastrado y zarandeado por la multitud, vio cómo las olas rompían y se colaban por el casco agujereado, provocando una despavorida desbandada general acompañada de alaridos. Una vez más, el galeón apareció a su lado: una enorme y siniestra mole.

En aquel preciso instante sonó un silbido. Volvió a sonar una segunda vez y después, una voz clara y tranquila dio la orden en francés:

—¡Tranquilizaos! Todo va a salir bien. ¡Calzad el trinquetel ¡Timonel, orzad!

Por suerte, quedaban suficientes hombres en buen estado para obedecer las directrices; Robin Stewart era uno de ellos. Con enérgica decisión se abalanzaron sobre los aparejos sueltos que se agitaban por encima de sus cabezas. Manos solícitas sujetaron los cabos; los hombres, expectantes y aterrados, elevaron una muda súplica al vengativo Poseidón y esperaron en silencio el chasquido definitivo con el que la vela debería liberarse del mástil y permitiría al viento acudir en su rescate. El cáñamo caracoleó y sonó con estrépito mientras lo tensaban, pero la vela permaneció fuertemente sujeta a la verga.

Stewart miró ansioso el mástil y tiró junto a los demás de los cabos dos, tres veces. Era inútil, la vela no se movía. El galeón dio un bandazo acortando la distancia. A estribor, sobre la cubierta del barco flamenco, aparecieron de pronto un racimo de cabezas; luego más. *La Sauvée*, liberada del balanceo de estribor,

se escoró malamente hasta volcar. El golpe contra el agua resonó por encima de aullido del viento. El crujido de la madera y los alaridos de los heridos se hicieron ensordecedores a medida que las naves se aproximaban. Stewart, con el corazón en un puño, pálido y con las palmas de las manos desolladas, siguió tirando del cabo junto con los demás, pero fue en vano.

Una figura redonda, compacta y reluciente de sal, les arrancó de los maltrechos dedos el cabo suelto del mástil. El maestro Thady Boy Ballagh, ollave, poeta, profesor, el decimoquinto del equipo y el más rápido jugador, se enrolló con manos mugrientas el aparejo batido por el viento alrededor del pecho y trepó, decidido, su revuelto y oscuro cabello agitándose al viento, a la verga del trinquete hasta alcanzar la punta y, a veinte metros sobre la escorada cubierta, cuchillo en mano, comenzó a soltar el enmarañado aparejo con cuidado y precisión; después, desliziéndose de vuelta rápidamente hasta el mástil, dio una señal. Los demás tiraron del cabo.

Con un sonido siseante, los cuatrocientos metros de lona de la vela se deslizaron por fin, se hincharon y tensaron. *La Sawée* se estremeció con una fuerte sacudida que lanzó al suelo a todo el que quedaba en pie. Tras otra sacudida, la nave volvió a estabilizarse. Después, impulsada suavemente por el viento, la galera se enderezó sacando del mar su costado herido. Ganando cada vez más velocidad, rodeó la rechoncha popa del galeón, sobrepasándolo. Tras ella, el *Gouden Roos* comenzó a rescatar hombres del mar.

Robin Stewart, a punto de desmayarse y abrazándose las axilas, buscó entre la multitud. Acababa justo de distinguir a Piedad Dooly dedicado a machacar los grilletes de los galeotes, cuando una rubia cabeza, levantada hacia el rojizo cielo del ocaso, apareció por entre los bancos.

—*¡Liam aboo!* —gritó Phelim O'LiamRoe, príncipe de Barrow y señor de Slieve Bloom en agradecida y principesca plegería a sus ancestros.

—*¡Liam aboo!* —respondió concisamente su ollave desde la verga. Después, cual sucio goterón de lluvia, se deslizó hasta la cubierta.